

Benigna. No le poseen como ahora, solamente por la gracia que aunque introduce á Dios en el corazón de los Justos, no se les muestra claramente; pero en el cielo le poseen cercado todo de la claridad y resplandor de su gloria.

Asteria. Y ¿por cuánto tiempo le poseeran de esta suerte?

Benigna. Para siempre jamás y eternamente: y no como aquí en la tierra, con el triste recelo de perderle á cada paso; sino con una plena y entera confianza de poserle sin fin.

Elpida. ¡Qué cosas tan buenas y tan agradables nos pones hoy delante de los ojos!

Benigna. Lo que yo deseo es, que esos propios ojos las contemplen algun dia en su misma fuente.

Asteria. Muchas cosas nos quedan aun, que preguntarte sobre el estado del cuerpo de los Santos en el cielo; y sobre el modo conque los Santos se conducen y manejan entre sí: pero tememos fatigarte demasiado.

Benigna. Nunca podréis vosotras llegar á fatigarme; mas como hago juicio de que por la presente, basta lo que hemos dicho; si deseáis que prosiga, lo dejaremos para otra ocasión.

Elpida. Mañana, si te parece y á la misma hora.

Benigna. Yo, por mi, con todo gusto: y quedemos eso.



Conversacion LXXIX

CONTINÚA LA CONVERSACION SOBRE EL CIELO,

Y EL ESTADO DE LOS BIENAVENTURADOS



Asteria. Con todo apresuramiento venimos á la hora señalada.

Benigna. Yo me regocijo de ver, cuanto es vuestro celo: por mi parte, nunca he temido faltar á una palabra que haya dado.

Elpida. Mucho gusto es el haber de tratar con personas, cuya palabra y ejecución son una misma cosa.

Benigna. Aun no se me ha olvidado, que sobre lo que deseabáis que hablásemos hoy, acerca del estado de los cuerpos de los Santos despues de la Resurrección.

Asteria. Todavía nos falta eso, para quedar enteramente instruidas por lo tocante al cielo. y al estado de los Bienaventurados.

Benigna. Comenzaré diciéndoos, que los Santos tendrán en el cielo los mismos cuerpos que tubieron en esta vida.

Elpida. Pero siendo de Fé, que estos cuerpos se convierten en polvo (1); ¿cómo podrá ser, que se conozca distintamente el polvo de cada uno de los cuerpos que ha habido desde el principio del mundo, señaladamente de los que hubieren sido quemados y echados al aire, ó arrojados en el mar, ó comidos de las fieras?

Benigna. Sobre esto no tenéis que fatigaros: esos son asuntos del Todopoderoso; el cual en los tesoros de su infinita sabiduría tiene señales ciertas para no equivocarse en aquella grande operación (2).

Asteria. En llegando á fijar la vista sobre la Omnipotencia de Dios, es claro, y ya sabemos que no solamente no hay cosa alguna imposible, sino que todo es fácil.

1 Genes. 3.19.

2 Sobre este delicado punto es muy digno de leerse el Padre San Crisóstomo homil. 65. sobre los Evang; San Agust. Lib. de Catechiz. rud. cap. 25. y 27. y el Angélico doctor Santo Tomás, especialmente en el Suplem. de la tercera parte desde la quest 75. y siguientes donde trata con su acostumbrada solidez y claridad, de todo el Dogma de la "Resurrección Universal:" pero, por lo tocante al insinuado punto, véanse los tres Aticul. de la quest. 78, los tres de la 79, y el 4. y 5. de la 80.

Benigna. Verdad es que nuestro débil entendimiento no pude imaginar bien, cómo pueda ser eso mas, nos basta saber, que así es porque el Espíritu Santo lo ha dicho (1) Fuera de que habría el inconveniente grande de que ya no serían los mismos cuerpos de los Santos los que resucitarían y serían recompensados, si hubiesen entónces de tomar unos cuerpos formados del polvo ó cenizas de otros cuerpos distintos: lo que ni se puede decir, ni aun pensarse; puesto que han de ser ciertamente los mismos cuerpos los que han de resucitar, y los que han de ser remunerados.

Elpida. A una autoridad de tanto peso, nos sujetamos gustosas: ¿mas en qué estado resucitarán los cuerpos de los Santos?

Benigna. A proporción de los espantosos y horribles que serán á la vista los cuerpos de los condenados; serán al contrario, de los Santos, muy hermosos, resplandecientes y perfectos.

Asteria. No dudamos que será así, en cuanto á su hermosura y resplandor; pero ¿qué es lo que pretendes dar á entender con la palabra *Perfectos*?

Benigna. Que los Santos todos resucitarán en un estado de perfección y entereza, con todos sus miembros cabales, sin tener ninguna deformidad; y todos en la estatura de hombres perfectos, y en un ajuventud floreciente (2).

1 Job. cap. 19 v. 25. 26. 27.

2 Epíst. ad Ephes IV 13.

Elpida. Pues ¿qué ¿Hasta los niños se verán entonces en esa edad; y también todos los que padecían alguna deformidad en su cuerpo, ó que tenían algún miembro menos?

Benigna. Sí; porque Dios dará á los cuerpos de los Santos todo cuanto puede formar un cuerpo perfecto y cabal.

Asteria. No sabíamos esta primera maravilla; y por cierto, nos admira y encanta.

Benigna. Pues esto es todavía nada, en comparación de las que vais á oír.

Elpida. Dínoslas en amistad.

Benigna. Lo primero; todos estos cuerpos, ya resucitados así, se encaminaran con la mayor velocidad y presteza (1) hacia Jesucristo por los aires, inmediatamente que se deje ver ó se manifieste en el día del Juicio.

Asteria. ¿Qué será de ellos, después que la última sentencia fuere pronunciada?

Benigna. Se elevarán al cielo, por la virtud que Dios habrá comunicado á sus cuerpos para reinar allí enteramente con Jesucristo.

Elpida. Haznos ver ahora las cualidades que adornarán á sus cuerpos en aquel reino admirable.

Benigna. Una vez entrados allí, no estarán ya su-

1 I. Thessalonic. 4. 16.

jetos á la muerte, ni á ninguna enfermedad (1) que pudiera ocasionársela; y conservarán esta vida *inmortal* eternamente, sin necesidad de alimentos.

Asteria. Sin embargo de eso, se dice en el Evangelio, que los Santos estarán sentados á la mesa en el Cielo con Abraham, Isaac, y Jacob.(2)

Benigna. Eso es verdad; pero en esta mesa no se servirán viandas corruptibles, como en la tierra; sino manjares incorruptibles, que no serán otra cosa, que la Verdad y la Justicia; ó (si queréis que así os lo diga) El mismo Dios.

Elpida. ¿Qué manjares esos, tan exquisitos y tan excelentes!

Benigna. Son unos manjares proporcionados al estado enteramente celestial de los Santos en la gloria.

Asteria. No es posible oír lo que es esto, sin desear participar de aquel dichoso estado.

Benigna. Á él sois llamadas, y para El estáis destinadas: no nos ha criado Dios para otra cosa; pero *este mismo Dios, que os ha criado sin vosotras, no os salvará sin vosotras* [3]; es decir que sin que vosotras cooperéis á ello por vuestra parte, y seáis muy fieles en corresponder á su divina gracia.

Elpida. Continúa si gustas; pues todas estas cosas son muy dignas de oírse.

1 Apoc. 21. v. 4.

2 Matth. 8. 11.

(3) Es una sentencia bien sabida de S. Agustin.

Benigna. No solamente serán inmortales los cuerpos de los Santos; sino tambien impasibles.

Asteria. Explicanos esa palabra si quieres.

Benigna. Lo que quiere decir es, que tampoco estarán sujetos á ningun dolor ni molestia; sino que disfrutarán una salud robusta y vigorosa; ninguna salud cabal y perfecta, incapaz de una alteración ni quebranto.

Elpida. Y ¿de dónde les sobrevendrá tan feliz disposición?

Benigna. De la incorruptibilidad de los humores, de que se compondrán sus cuerpos; porque serán unos humores del todo celestiales, é incapaces de corromperse nunca: juntad á esto, que en aquella dichosa morada de la gloria no habrá exteriormente; cosa que pueda disminuir la paz de su corazón la serenidad de su semblante, ni la salud de su cuerpo.

Asteria. Ese es un estado bien apetecible, y bien acreedor á que no se perdone diligencia alguna por llegar á él.

Benigna. A eso mismo os exhorto yo con todas mis fuerzas; mas no quiero echar en olvido el decir, que la incorruptibilidad misma de estos humores celestiales exhalará una fragancia tan agradable, que el olor de todas cuantas flores y perfumes hay en este mundo, juntos todos, aun no llegarán á aquel, ni con mucho.

Elpida. Jamás habíamos oido nosotras decir semejante cosa.

Benigna. Pues eso es muy fácil de concebir; porque así como la corrupcion de los humores, que componen nuestros cuerpos hoy, despide un olor ingrato; así de la incorrupcion de aquellos otros humores celestiales saldrá un olor sumamente agradable.

Asteria. Ahora ya comprendemos eso, sin que pueda menos de causarnos admiración.

Benigna. Oid otra cosa, que aún os admirará mas; y es la *claridad* y resplandor de estos cuerpos, pues serán brillantes y resplandecerán como el Sol, segun lo aseguró el mismo Jesucristo. (1)

Elpida. Siendo eso así, como desde luego no dudamos, no se les podrá mirar de hito en hito; así como no se puede mirar de fijo al Sol.

Benigna. Eso lo diréis vosotrar en chanza.

Asteria. Nos perdonarás en eso; que no es chanza, no; y la razon que para ello nos asiste, nos parece muy fundada.

Benigna. Lo sería, cuando los ojos de los Santos quedasen con la debilidad que tenían cuando estaban acá en la tierra; pero en el Cielo, fortificados vigorosamente sus ojos, verán sin deslumbrarse, aquella gran claridad y resplandor.

Elpida. Dios nos conceda la gracia de que lo veamos.

Benigna, No se necesita para eso, mas que aprove-

chase de las gracias que continuamente os hace el Señor, y corresponder fielmente á ellas.

Asteria. Á eso estamos ya determinadas, en virtud de lo que te oímos ahora decir; y esto mismo nos anima extraordinariamente á ejecutarlo.

Benigna. Añadid á todo lo dicho, que los cuerpos de los Santos podrán en un instante pasarse de un lugar á otro, con mayor *agilidad* y prontitud que el Aguila, cuyo vuelo es tan rápido; y que además de eso, podrán *penetrar* y atravesar los cuerpos mas duros y mas sólidos, sin hacerse daño á sí mismos, ni hacérsele tampoco á ellos.

Elpida. lo primero facilmente comprendemos, que pueda ser; mas no así lo segundo.

Benigna. Vedlo, si no, verificado en Jesucristo al salir del Sepulcro, y traspasando la gran losa que le cubría: ni el Señor se hizo mal á sí mismo, ni tampoco se le hizo á la piedra: lo propio sucedió en aquella aparición en que se manifestó á sus Apóstoles el día mismo de su Resurreccion: ni se hizo daño á sí propio, entrando en aquel lugar donde ellos estaban juntos; ni tampoco se le hizo á las puertas por donde entró, aunque estaban á la sazón y se mantuvieron cerradas.(1)

1 Joan. 20. 19. ; etc. alib. saepe in Evang. etc. I. cor. 15. 5. Véase el Padre S. Gregorio Magno en la homilía 26. sobre los Evangelios.

Asteria. No cesamos de admirar todas esas maravillas, incomprendibles á nuestro espíritu.

Benigna. Bien me parece eso; pero no os habéis de quedar en solo admirarlas; pasad mas allá; manos á la obra; para que así merezcáis algun dia ver, y tener parte en todas estas maravillas.

Elpida. Á hacerlo así, estamos muy determinadas.

Benigna. Os he dicho ya todo cuanto deseabáis saber acerca del estado de los cuerpos de los Santos en la gloria; ¿qué mas deseáis saber?

Asteria. Quisiéramos todavía saber, ¿cómo se portan y cómo se gobiernan los Santos, unos con otros, en el Cielo?

Benigna. Eso no es difícil de entender; y lo sabréis á poca costa.

Elpida. Dinos primeramente, ¿si los Santos se conocen unos á otros?

Benigna. Esa no es una dificultad seria; ni sé yo cómo ha podido ocurrirnos cosa semejante.

Asteria. Con todo eso, nos consta, que hay muchísimas personas que lo dudan.

Benigna. Yo me admiro de una duda de esta naturaleza: digo que sí; que los Santos se conocen mutuamente en el Cielo, y mucho mejor todavía que nos conocemos nosotras acá en la tierra.

Elpida. ¡Qué! ¿El padre conoce á sus hijos; el marido á su mujer; el hermano á su hermano; el amigo á su amigo; y así de los demás?

Benigna. No solamente se conocen todos estos entre sí; sino que tambien conocen á todos los demas Santos que hay en el Cielo; y saben de que Nación, de que Lugar, de que profesión ó estado ha sido cada uno y por que camino ha sido llevado al Cielo.

Asteria. Es cosa muy maravillosa, ciertamente.

Benigna. Añadid; y muy cierta: y con eso habréis dicho cuanto hay que decir sobre esto.

Elpida. Y ahora, los Santos que están en el Cielo ¿ven y saben lo que pasa aquí en la tierra?

Benigna. Ven todo aquello que puede contribuir á su felicidad: un Rey ve todo lo que pasa en su reino, un Obispo lo que pasa en su diócesis; y así á proporción todos los demas Santos.

Asteria. Supuesto lo que acabas de decirnos, ya creemos que los Santos se conocen recíprocamente; pero ¿se hablan tambien?

Benigna. No tenéis que dudarlo; se comunican con indecible gozo, todo aquello que les puede complacer.

Elpida. pensábamos nosotras, que no se empleaban mas que en una sola cosa; que era, en ver á Dios.

Benigna. Esa grande y principal ocupación no les impide la mútua comunicaci6n de unos con otros; pero es de una manera, que todo cede en loor de Dios; proporcionándose mútuamente inefables consuelos.

Asteria. ¡Qué cosas todas tan hermosas y tan nuevas para nosotras!

Benigna. Yo celebro infinito poder contribuir á des-

cubriros las; mas espero que la meditaci6n de ellas, os las hará todavia mas hermosas y de mayor consuelo

Elpida. Antes de dar fin (y cierto, deseáramos no darle nunca,) dinos, si gustas, ¿si los Santos se dan tambien recíprocos testimonios ó muestras de amistad?

Benigna. Si la caridad, con ser tan débil en esta vida, nos obliga á dar señales de amistad al projino, aunque diversamente, segun la diversidad de personas; ¿cuánto mas les moverá á esto mismo á los Santos la caridad, que será consumada y perfectísima en ellos?

Asteria. Pero las demostraciones de amistad denotan familiaridad y llaneza; y esto no parece que conviene al estado de los Santos en la gloria.

Benigna. Ya veo yo que vosotras medís lo que pasa en el Cielo, segun las ideas que tenéis de lo que acontece aca en la tierra; pero corregid esas ideas groseras, que no pueden servir de regla para el Cielo.

Elpida. ¿Qué es lo que quieres decir con eso?

Benigna. Lo que quiero decir es, que en este mundo, aun lo que hay mejor, está todo cercado de defectos y de imperfecciones; y que lo que se encuentra de bueno en la Tierra, se hallará tambien en el Cielo, pero sin defectos ni imperfecciones.

Asteria. Explicáte un poco, mas si gustas.

Benigna. Quiero decir, que la amistad que los Santos tendrán recíprocamente en el Cielo, será del todo noble, celestial y divina: y que las demostraciones que de ella harán, serán de la misma especie y de igual naturaleza.

Elpida. Jamás dejaremos olvidar ninguna de estas verdades; con cuyo socorro, nada nos parecerá penoso en esta vida, por llegar á tan sublimes recompensas.

Benigna. Cualquiera que tuviese siempre en la memoria estas verdades, miraría como cosa muy leve todo cuanto hay que hacer y que sufrir, para alcanzar aquella ventajosa remuneración.

Asteria. Ciertamente, que es tener muy poco ánimo, el acobardarse á la menor dificultad que se encuentre en el camino que guía á la posesión de unos bienes tan inmensos.

Benigna. Yo, por mí, me avergüenzo cada instante y no ceso de admirar, que sea tanta la flojedad que se vé en personas, que hacen profesión de creer y esperar todas estas cosas.

Elpida. Renunciemos para siempre nuestra desidia; y si por ventura tuvieremos que hacer ó que sufrir alguna cosa difícil, acordémonos, para alentarnos y movernos, que todos nuestros trabajos y penas no han de durar mas que cuatro instantes; en lugar que una bienaventuranza inexplicable y sin fin, será la recompensa y corona (1).

Benigna. Son unos sentimientos esos tan prudentes, como justos: haced lo que decis, dentro de muy poco será vuestra la Eternidad.



1 Rom. 8. etc. 2. Cor. 4. 17.



CONVERSACION LXXX

SORRE EL DESEO DEL CIELO.



Bertila. Quisiera yo saber en qué consiste, que tengamos tanto apego á la Tieira, y que nos cueste tanto trabajo y repugnancia el dejarla.

Celiña. Esa curiosidad tuya me parece que está muy en su lugar; y no es menos loable el deseo de inquirir la causa de ese apego, que has insinuado.

Valentina. Tambien yo gustaría de saber la razón de esto; porque se encuentran muy pocas personas que sean verdaderamente desprendidas.

Celiña. Esta es una de las consecuencias de nuestra ceguedad, y de las tinieblas que nos rodean.

Bertila. Yo creí que ibas á decir, que era esto, porque la vida es amable, y porque en ella se encuentran muchos atractivos, y se goza de mil suaves delicias.